

Meditada Decisión

Por

**Carlos Bienvenido Prado Pérez de
Corcho**

***Free*editorial** 

En este momento Vilma, sentada a una mesa con uno de sus libros de Historia Medieval bajo el ángulo de su mirada, al repasar un grabado de trescientos quince años atrás, comprendió que a la jovencita de la imagen, por el escepticismo al tomar una decisión para su patrimonio espiritual, se vio cercada por un trance que la llevó por los senderos más ásperos a través de la sempiterna punición. Le había mentido a un sacerdote sobre la respuesta que debía ofrecer al ser casada. Desde luego, los tiempos ya son otros, pero ella también tuvo que desafiar algunos formularios atávicos al arrostrar un fallo que únicamente debe ser resuelto por quien lo padece. Ahora evoca la situación que se le había presentado un tiempo atrás, y se siente satisfecha consigo misma al haber acogido la paridad de itinerario donde se acoplan juicio y sentimiento.

Se ve de nuevo, llevando su ímpetu de curiosidad hasta el álbum de fotos familiares para valorar las modas de veinte años atrás y recordar el rostro de parientes que ya no se ven a menudo; entonces fue cuando encontró repentinamente a su exacto pensamiento grabado en una añosa postal en blanco y negro junto a dos jóvenes más, a quienes desconocía. Llamó en el acto a su mamá que se encontraba ordenando la ropa de cama y las toallas en los escaparates, y sin poner al descubierto ni un mínimo detalle sobre sus verdaderas intenciones, preguntó con muy solapada curiosidad, quiénes eran aquellas personas del retrato entre los árboles de un parque cuya ciudad jamás había percibido con anterioridad.

-Ese del centro es Mario, un primo mío que murió en un accidente cuando tú eras muy pequeña, y esos dos que lo acompañan eran amigos de él según decía, pero yo no los conozco.

-¿Dónde estaban en ese momento?

-De acuerdo con lo que él contaba, esos jóvenes eran estudiantes de su mismo grupo, y por su aplicación en el estudio y en las tareas de investigación fueron premiados con un viaje a otro país, pero como hace más de dieciocho años, ya ni recuerdo dónde; lo único que no se me borra de la memoria es que fue en un país de América del Sur.

Vilma se quedó consternada por leves instantes, pero no tenía dudas de que más allá de su constatación onírica, su pensamiento tenía figura material, y quién sabe si su idilio algún día pudiera autentificarse. “Es él, -pensó- son sus mismos ojos rasgados, su boca carnosa, su cabello oscuro y su extendido torso. Su voz también ha de escucharse con el mismo timbre con el cual me ha hablado en las tres veces que se me ha aparecido en aquella edificación enorme de tres pisos de altura con tantos corredores internos en una parte céntrica de la ciudad. Realmente no es una casa; es una vasta área que ocupa

casi toda una manzana. Tal parece un conglomerado de oficinas donde acuden numerosas personas, pero no consigo ubicar qué lugar es ese”.

A Vilma le parecía que recordaba el interior de todas aquellas habitaciones pintadas de color crema: eran diversos salones compartimentados y en algunas partes se apreciaban escaleras que conducían a las plantas superiores; sin embargo era un efecto grabado de confusiones. No, no resultaba un laberinto, se suponía que era una locación más acogedora. Tampoco recordaba que hubiese bullicio. En su equilibrio de oneirismo se sentía a gusto. Tal vez por ello no centralizó más su atención en el sitio rememorado, y con su cámara fotográfica de aficionados le hizo otra toma de la foto y luego la puso en su memoria flash, para estacionarla en su computadora y después la trasladaría al teléfono móvil; de esta forma la tendría ante el reclamo de sus antojos.

Esa noche regresó a sus ensoñaciones; pero fueron distintas. Ahora se paseaba sola por un parque donde jamás había andado. Se sentía torpe, le flaqueaban los pies y a duras penas se movía. De repente un hombre, que no supo desde dónde había salido, se le situó al lado. Lo miró cara a cara. El personaje se le presentó: “Soy el que tú estás buscando desde hace mucho tiempo, pimpollito”. En ese momento se sonrió y dejó en exhibición una hilera de dientes cariados y muy disparejos. En su rostro divisó unas cejas pobladísimas y encrespadas que les daban sombra a dos pequeños ojos separados por una curvada nariz rica en proporciones, y además, contempló que en cada mejilla se le dibujaban estrías muy profundas, y que solo eran interrumpidas por granos sebáceos con las cimas amarillosas. Ella hizo un ingente esfuerzo para escapar, pero el caballero la detuvo haciéndole una presión hercúlea con una de sus manos, mientras con la otra encendía un tabaco. “No te pierdas tanto despilfarro de belleza, pues no hay hada que no me haya propuesto matrimonio ni deidad que no alabe mi hermosura”.

Vilma se había horrorizado y quería pedir auxilio, mas no veía a nadie en sus alrededores. Pero la suerte algunas veces no es tan avara, y viene a socorrer a quienes la persiguen; tal vez por eso, el descuido de desactivar una alarma correspondiente a la noche anterior donde se concluyó un ciclo de antibióticos, a las tres de la madrugada, llegó a través del celular para cumplir otra función imprevista.

Vilma secó su sudor y se quedó sumergida en la abstracción. Le pareció angustiosamente cierta la visión, sin embargo se relajó al asomarse a la foto que había acomodado en el teléfono, y entonces volvió imaginariamente al “locus amoenus” como había aprendido en una frase del poeta veronés Cayo Valerio Catulo. Volvió a dormir tratando de regresar hasta aquellas otras realidades más ricas en gratitud, pero no tuvo resultados.

Tal vez se obsesionó con el hallazgo de la fotografía porque estuvo durante

jornadas enteras que no salía de su ensimismamiento. Tampoco a nadie quería comunicarle sus tendencias, pues no tenía interés en ser acogida como desequilibrada mental.

Después Vilma noche tras noche, cuando la soledad la acompañaba en su habitación, le buscaba a su fantasía nombres masculinos, pero ninguno de los de sus jóvenes compañeros en la universidad le parecía genuino; ella hurgaba en la onomástica tradicional un apelativo con más trayectoria: un general romano, un batallador colega del Cid, un legendario héroe contra Napoleón, o simplemente un general antifascista, pues a una estudiante de la carrera de Historia casi siempre le resulta interesante un galán con un nombre desigual a los que están de moda en los últimos años. “Estos nombres de improvisación – pensó– son tristes combinaciones sin ecos ni hazañas”. A Vilma no le atrae lo demasiado común ni la intrascendencia. Entonces a su imaginación arribó una idea: haría un catálogo con nombres que fuesen respaldados por proezas o humanas acciones en el devenir histórico.

Una noche después de realizar una intensa lectura en un disco insertado en la computadora para realizar el trabajo independiente de la Historia Antigua de Grecia, se dedicó a observar durante minutos la foto contenida en su memoria flash. Después de un leve recorrido mental a su otra memoria, le vino entonces repentinamente el nombre olvidado de su primer encuentro con el que tenía ahora ante sus ojos. Todo le parecía tangible y dudó que aquel nombre no hubiera estado, por su simbolismo semántico, más allá de su oneirismo. Desde ese mismo momento el hombre de la foto quedó, con su sello referencial, en la fantasía de la joven universitaria. En esos instantes descendieron del Olimpo las musas Polimnia y Erato, y tal vez con los influjos de ellas, la muchacha escribió los más sinceros versos de todos los que había compuesto con anterioridad, pero que jamás a nadie mostrase. ¿¡Quién sabe si algún día testimoniasen su catálogo de emociones!?

Ya tenía disipadas todas sus fluctuaciones de que su hombre no se localizaba exclusivamente en su utopía. Rememoró que en el primer encuentro escuchara una tenue melodía cantada en la lengua española. Por un leve tiempo en la precipitada evocación le pareció percibir con autenticidad cuatro voces con un divino concento que solo era acompañado de tres instrumentos cordófonos y una batería de jazz. En aquel momento pensó: “Son Ángeles”, sin embargo era incapaz de evocar la letra de aquella melodía y aunque Vilma no era una ferviente beata, el hecho de eran Ángeles que cantaban a su fantasía, sí permaneció imperturbable en lo más afectivo dentro de su cordura, porque una fuerza superior a su raciocinio se lo transmitía más lejos de los cinco canales para las sensaciones habituales.

De ningún modo le había comentado sus sueños ni su hallazgo a Lourdes, su amiga inseparable. Y también cuando alguien le preguntaba sobre su

incógnito amor, ella se limitaba a responder que lo conocería en el instante pertinente. Si cualquiera insistía, volvía a responder con la incondicionalidad de una calma inmutable: “Es una sorpresa, y las sorpresas no se develan. Llegan así para sorprender, de lo contrario no tuvieran esa denominación”. Y continuaba como pensando en algo que se encontraba por encima del tiempo, y en un impensado sitio del espacio.

A partir del hallazgo de la foto, su obsesión se iba haciendo pertinaz, por lo que día tras día Vilma observaba en la computadora la renovada imagen de la foto familiar donde al lado de su fallecido primo que nunca conoció, se encontraba la estrella de su quimera, a quien ya le había otorgado el nombre que habría de tener; la admiración era intensa y siempre llegaba a la conclusión de que a pesar de que hubiesen transcurrido varios años, las modas en el vestuario no alcanzaban esa significativa variación.

Calculó además, que ese joven de la foto no habría envejecido tanto como el de su última pesadilla. No, él no carecería de sus mismas peculiaridades soñadas, pues ella jamás querría compartir un idilio de colmada ternura con alguien alejado de la afabilidad y la persistencia anímica, y aquel nombre con el que había designado al dueño de su pensamiento, seguramente era poseedor de las peculiaridades del santo original, según la Onomástica, y aunque no ambicionaba a un santo, sí era constante en las cualidades psicomorales que edifican las probidades.

Vilma reflexionó en ese momento que preocuparse por la felicidad no es ideología de errada abstracción. No estaba totalmente de acuerdo con el adagio latino que alguna vez leyera en Cornelio Nepote, biógrafo e historiador romano que vivió casi cien años antes de Jesús Cristo: “Primum vivere deinde philosophari”. Observaba para sí, que se puede filosofar al mismo tiempo que se vive. Pero no se lo podía anunciar a nadie, porque de hacerlo, se perdería el hechizo que había procesado. Después se conformó pensando, como estudiante de la facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas, en otro adagio latino: “Intelligenti pauca”, pues aunque no se sentía superior a los compañeros, las calificaciones que sus profesores le otorgaban, le habían demostrado que no era persona que anduviera a la zaga en cuestiones de la inteligencia. De repente, repasando en sus circunstancias, halló la frase en latín que tal vez no hubiese deseado encontrar: “horror vacui”. ¿Sería acaso una exacerbada fantasía, al traducir ese “horror al vacío”? ¿Tal vez su desvarío la estaría llevando por un trayecto que solo traslada a la enajenación? No, no era así. Estaba segura de sí, aunque se autoclasificara como soñadora, y de tendencia romántica. Sabía que imaginar está al alcance de todos.

Por otro lado, Lourdes, quien la vio enamorarse una vez y sabía cómo actuaba en circunstancias análogas, continuaba con su insistencia acerca del condicional enamorado y también del día de tan misteriosa presentación. Y

una mañana al salir de las clases, volviendo al tema recurrente la abordó:

-¿No me vas a decir al menos cómo es su nombre?

-El de un santo- dijo alternando la broma con la más absoluta convicción.

-Pero no me irás a decir que me aprenda el larguísimo santoral- agregó burlona su amiga.

-Ya que te gustan las incógnitas, -dijo con ironía- piensa en la estación del año que da inicio a la fertilidad en el hemisferio septentrional, combínala con una fecha precisa y obtendrás un compuesto semántico con valor en la Onomástica, que por cierto, armoniza con lo que se añora ser siempre, cuando se arriba a un lugar.

-¡Madre mía!, ¡Qué bien está en formar enredos la joven intelectual de nuestra facultad!

Sabía que Lourdes desistiría, pues no era amante de enigmas para esforzar su pensamiento. Su amiga era totalmente objetiva, y jamás albergaba en su intelecto una ínfima partícula de fantasía. Allí mismo su compañera, aquella tarde veraniega con viento del sur y calor, le pidió que la acompañara a la biblioteca porque tenía que entregar con urgencia un trabajo práctico como deuda a una profesora, y caminaron tan de prisa mientras comentaban un incidente ocurrido en el aula con una compañera que nunca comprendía a los demás, que ni siquiera Vilma se percató de que ya estaban justo en la entrada del inmueble.

Lourdes le sugirió que la esperara un rato en la planta baja, en lo que ella iría a la superior en busca de un ejemplar de Historia de Roma. Mientras tanto Vilma se entretuvo con la autobiografía de Benvenuto Cellini, que le había solicitado a la responsable de la sala. Encontraba ideas que le interesaban acerca del personaje italiano tanto como su nombre.

Se asombró con la idea de que tras un breve viaje a Francia, el artista fue encarcelado en el Castillo Sant' Angelo acusado por dos asesinatos, y esas fueron las calumnias de rivales envidiosos, y también el odio del sobrino del nuevo pontífice Paulo III, Pier Luigi Farnese. También le sorprendió la acusación sin fundamento del robo de joyas del papa durante el Saqueo. Después hojeando el libro se informó de que Cellini describió sus vivencias en prisión en un tono místico y por tal motivo logró, sin embargo evadirse tras estar algún tiempo encerrado allí, y fue perdonado gracias a la intervención del cardenal Hipólito D'Este. Hizo una comparación cronológica y llegó a la conclusión de que la gente de cualquier época ha tenido depredadores espirituales y que: la envidia, la hipocresía, los celos y el arribismo, echan a andar la maquinaria de la perversidad para perjudicar al prójimo y con ello obtener beneficios personales al costo que sea necesario.

Mientras esperaba a su compañera, se concentró en la lectura; pero sintió repentinamente un ligero escalofrío recorriendo su cuerpo y miró hacia el frente. No percibió nada interesante. Tampoco se sintió cómoda con el segmento leído acerca de la autobiografía del orfebre italiano. Entregó el libro y a la sazón solicitó una hagiografía. Quiso informarse con más datos acerca del nombre elegido. En ese momento, al recibir el otro material impreso, volvió a apreciar la misma sacudida. Miró hacia todas direcciones, y efectivamente, en la puerta de salida, observó de frente, a su invariable pensamiento que ahora conversaba levemente con la recepcionista, sin verla a ella, y se alejó de prisa muy sudado con dos libros en las manos.

Estaba casi igual, a pesar de los años que ya habría de contar. Aproximadamente serían las cinco de la tarde. Andaba con camisa blanca de tela muy suave y Jean negro con los bolsillos traseros adornados con finos bordados blancos donde se dibujaban cadenas cruzadas. A pesar del viento del sur, la humedad del clima y el asfixiante calor, Vilma sintió que un súbito frío le recorría todo su cuerpo. En aquellas circunstancias sus ideas fueron enrumbándose en cuanto a la locación onírica. Pero había detalles que no venían a colación. Se movió por el espacio mientras esperaba a Lourdes. Le afloró un recuerdo de que en las tres veces de sus ensoñaciones se manifestaba bajo el mismo techo una ventana como colgando en la altura y a través de ella se divisaba la ligera fracción en rojo y blanco de una torre metálica.

Desistió de la idea primaria y retornó al laberinto de su dilema. Se decidió a esperar a Lourdes y cuando su amiga regresó, la advirtió bajo los inequívocos síntomas de la perturbación.

-¿Qué te sucede? Te noto pálida, sudada- dijo su compañera y la tocó en el rostro. Estás muy fría. Te voy a llevar a un consultorio médico.

-No. Me siento bien. Lo que me sucede es que al tomar un libro, casi toco una rana que apenas se veía y les tengo fobia a esos animales.

No le gustaban las mentiras, pero se resistía a declarar su auténtico estado emocional, y menos aún la causa. Durante el regreso hasta el sitio donde se separaban habitualmente, para cada una caminar hasta su domicilio, se limitó a responder escasamente lo que Lourdes le preguntaba. Necesitaba discurrir en aislamiento.

En su casa apenas conversaba con su padre, y a pesar de que este era un hombre apegado al hábito de permanecer fuera del domicilio con sus encargos de juramento militar, siempre le había demostrado devoción y confianza para que se desahogara en él, pero no tuvo osadía para confesarle el motivo de la espina que le vulneraba la expectativa. Su madre, mujer a la que solo acudía para solucionar problemas prácticos, pues sus tareas eran mantener el orden, limpieza y abastecimientos domésticos, no le podría ofrecer un ilustrado

consejo, puesto que de antemano conocía que no advertiría el fenómeno con fruición y en lugar de demostrarle interés, la confesión desembocaría en disgusto y angustia para el diario acontecer. Era un alma absorbida por la rutina y los convencionalismos seculares.

En ese momento también pensó que su madre tal vez adquirió esa postura ante la vida por una elección precipitada. Según su abuela paterna, en cuanto conoció a su progenitor y se enamoró de él, desertó de los estudios medios y jamás conoció otras realidades que tuvieran dependencia de un mundo con mayor ilustración. Creyó que la felicidad solo está en descubrir una pareja que satisfaga el capricho de los deseos carnales, y que el elegido para atrapar esas pretensiones tiene que estar revestido de talle portentoso y la exactitud en las líneas del rostro. Él también había estado de acuerdo en que la jovencita lo cediese todo para edificar una dicha enrumbada hacia apetencia libidinosa y ahora los rigores del decurso habían impuesto un veredicto que se erige en el automatismo, quien regularmente se recarga con rebeliones de celos.

Su hermano tenía doce años y más allá de: un bate, una pelota y un guante, no le transmitía interés a casi nada de lo que se le comunicara. Tampoco tenía esos contactos con tías o primas con capacidad suficiente para comprometerlas con su ansiedad. A Lourdes, que realmente era su amiga, no le podría confesar. Para otras ocupaciones sí se podría contar con ella, pero tan locuaz y burlona, con esta cuestión tan íntima no era adecuada. ¿Qué hacer?

Estuvo estudiando para las evaluaciones de las asignaturas del día siguiente. A las diez de la noche sofocó la luz de su cuarto para iluminar la de su imaginación y le llegó de inmediato una locución que le atribuyó a Publio Virgilio Marón, de quien había leído textos poéticos traducidos al español, pero también había adoptado algunas frases en el latín original, sobre todo del libro segundo de las Bucólicas, y meditó acerca de esta expresión: “De gustibus non disputandum”. Sabía con precisión su significado, pero le extendió otras traducciones y la interpretó como: “Para los gustos se han hecho colores”. Su meditación bruscamente fue interrumpida. En ese instante pasó por la calle alguien con la bocina de una motorina eléctrica que rivalizaba con la peor sirena de un carro de bomberos que pide vía. De contra, el del vehículo llevaba un antimusical reguetón con cínica escritura. Pero algunos minutos después Vilma fue recompensada.

Desde alguna emisora radial, quizás en una casa cercana a la suya, con una prudente regulación del volumen, surgió una armonía merecedora de la escucha que se adereza con la naturaleza humana y con la etérea ecología. “Quisiera que supieras, vida mía/ lo mucho que te quiero y que te adoro/ tú vives en mi pensamiento...”

“Son voces de Ángeles. ¡Qué armonía! ¡Qué contento!”, monologó Vilma,

y ahí le tomó el rumbo a sus pretéritas ensoñaciones. Rememoró que en la primera visión de su soñado idilio, esas fueron las mismas voces que escuchó, pero con otra balada. Sí, estaba plenamente persuadida. Por cierto, aunque no hubiera recordado con integridad la letra de la canción, no dudaba de que expresara ideas sobre el presentimiento de un amor donde existe reciprocidad.

Le pareció que en las ocasiones pasadas él le habló sobre la estética, a la que apreciaba ante todo fenómeno, ya fuera natural o social. Recordó que él tenía una faz rasurada donde se observaba la sombra de la barba para el retorno de su crecimiento. Sin dudas, en aquella oportunidad él le notificó que la gente mediocre habla de lo bonito o de lo feo sin examinar la verdadera condición para juzgar los fenómenos.

A partir de esa idea, ella había juzgado que la estética no se limita a simples apreciaciones. En múltiples oportunidades había descubierto que algunas compañeras y compañeros suyos, en la universidad, hablaban de rostros y cuerpos de sus prójimos a los que tildaban de horribles o encantadores, y teniendo como sitio de referencia esa opinión, empezaban a juzgar la belleza o monstruosidad de los demás, en los escenarios del amor. “Son unos simples, - pensó- y más que simples, ridículos. ¿Acaso piensan que solo los que posean perfección en la figura, con proporciones como talladas, acompañados de regularidad en las facciones, son los que están destinados a acaparar toda la belleza? ¿La hermosura humana solo se localiza en la estampa anatómica? No, en el apego de parejas, -que también es parte de la estética humana- lo trascendental es la parte de los sentimientos, manifestados en la simpatía, y en la agudeza que se edifica sobre la sólida plataforma donde habitan en armonía el desinterés y el altruismo.

Sabía que si les confesaba a sus compañeras que el ideal de su existencia era tal vez superior en edad que ella, sería objeto de burla. A aquel hombre le dirían “El tío” y a ella, le adjudicarían quién sabe cuántos motes insípidos. Estaba persuadida de que la felicidad pasional se acierta con quien se adecue, desde luego, a la atracción íntegramente armónica, pero además para que la concordia se despliegue en la apreciación del entorno emocional, ha de ser con un itinerario que vaya por encima de los elementos orgánicos y que satisfagan también las fibras de una cosmovisión multilateral, porque a esa ventura no le puede faltar: la comprensión de las necesidades profesionales, los deseos de la trascendencia personal sobre la base de la vocación, la atención a la familia de procedencia, y de hecho, la complicidad en las apetencias sensuales. ¿Podría sentirse exhortada a fiarse netamente en alguien al que solo estaba ligada a través de sueños?

Al menos tenía dos elementos a su favor. ¿Sería efectivo el nombre que sin verificar ya le había conferido? ¿Y si fuera un embustero que se beneficia de un entusiasmo casi adolescente? ¿Se presentaría como el profesional que

observó en su espejismo? ¿Y si era casado? ¿No sería mejor decidirse por aquel otro joven que cada día la halagaba y que notaba que la devoraba con sus miradas? Discurrió en ello algunos minutos de la noche. Después convino que aquel joven, aunque era agraciado y trabajaba en la construcción durante fuertes jornadas, no la comprendería, pues tenía hábitos que se alejaban de su personalidad: le gustaba gritar en alta voz a los amigos que pasaban a lo lejos; consumía bebidas alcohólicas; fumaba desmedidamente y tenía varios tatuajes en los brazos. Además, en las escasas oportunidades en que se le había acercado, a la sombra de las paredes construidas, para formularle preguntas acerca de la carrera que estudiaba y así buscar acercamiento, le placía hacer ostensible el caudal que recibía por su responsabilidad, y ella como estudiante de una profesión que se incluye en las Ciencias Sociales, concluyó que cuando se pone en primer plano las ganancias por encima de la capacidad del talento, no puede existir pertenencia para un compromiso.

Determinó el carecimiento de empatía entre ambos, pues tampoco se había fugado de su memoria, el breve noviazgo un curso atrás con el estudiante de Derecho cuatro años mayor que ella, quien creyó que el título de un compromiso pasional va determinado por cláusulas y resoluciones donde la libre determinación se enreda en las asperezas de las formalidades. Y eso no acontecería de nuevo.

Acordó consigo misma que fuera como fuera, ya no habría retroceso en reafirmar el secreto. Era su problema. El derecho a la privacidad en cada individuo se torna inalienable, y así quedó resuelto.

Pasaron dos semanas y los días se tornaban con menos calor por lo que resulta conveniente pensar que la temperatura medioambiental influye, tal vez en el humor de las personas. Ahora Vilma se concebía más audaz, más esperanzada y sin apuros. Lo que sucediera, sería meditado; no iba a quebrantarse por causa de los caprichos del subconsciente. Era axiomático que la huella que le había revelado una foto, poseía un respaldo tangible. Si el agente mediador de su complacencia estaba implicado en su descubrimiento onírico, e irrefutablemente no apareciera, ¿haría también suyos los versos de Pedro Calderón de la Barca?

Yo sueño que estoy aquí
de estas prisiones cargado
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ficción,

una sombra, una ilusión,
y el mayor bien es pequeño.
¡Que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son!

No. El personaje Segismundo no tenía su mismo conflicto; y también el poeta pertenecía a otra generación, y es legítimo confirmar que en su momento vivencial se pensara de aquella manera, pero el mundo tenazmente se va vistiendo de mutaciones. Por eso quien sueña, cuando la ocasión le transfiere ideas placenteras, debe facilitar posturas para que esos sueños viabilicen las conquistas que una entidad no instada le ha dispuesto como donativo. Cuando el sueño no es el apetecido, se pueden adoptar medidas para alejarlo, y una de esas prevenciones radica en olvidar lo idealizado. Entonces, mirándolo desde esa perspectiva, se valida el ideal del bardo español, representante del Siglo de Oro dentro del teatro barroco, y Segismundo, aparte de su carácter feroz fue evolucionando. Ella nada en común tenía con el drama.

Determinó no conferirle el más alto nivel a su fantasía y lo que sucediera en su existencia, sería aceptado. Entonces continuó sin que nada fuera de lo invariable tuviera un impacto especial, y pasaban los días, -y con los días- las semanas se convirtieron en meses.

Una mañana después del receso, al subir la escalera para incorporarse al aula que se encontraba en la tercera planta, se le cayeron los libros que había obtenido en el almacén recientemente. En el momento que se iba a inclinar para recogerlos, sin que lo hubiese solicitado, alguien lo hizo por ella. Al instante el jovencito le preguntó:

-¿Dónde está tu aula?

-Muchas gracias. Es la tercera siguiendo el pasillo, pero no te molestes.

Él rehusó en entregarle los libros y la acompañó. En el trayecto le manifestó que se había trasladado desde otra provincia para iniciar el semestre en su carrera de Instructor de Arte. Se le presentó con el nombre: “Hicham” también adujo que era nieto de árabes y que en la lengua de sus ancestros, ese apelativo significa “generoso”. Al sonreír dejó entrever una sucesión de immaculados incisivos que armonizaban en la exquisitez de su rostro trigüño. Cuando colocó los cinco textos sobre la mesa, rozó la mano de Vilma y ella sintió una entrañable expectación como escasas veces la había disfrutado. Como ella había sido la primera al arribar al aula, no tuvo interrupciones para mostrar cuán agradecida estaba. Después le manifestó su nombre, y a la pregunta de que cuándo la podría visitar nuevamente, ella le manifestó que al día siguiente, pues ya sabía dónde localizarla.

Sencillamente Hicham le mostró con moderados gestos y sin aspavientos que se consideraba feliz por haberla conocido, al tiempo que se marchaba, pues se escuchaban las voces de otros estudiantes que se acercaban. Lourdes fue la primera en entrar, e inmediatamente quiso saber quién era el que salió.

-Vino preguntando por una tal Lidia Valiente. ¿Sabes lo que significa?

-¡Qué sé yo! Jamás he oído el nombre ese. Él sí se ve muy bien.

Vilma sonrió. Había sospechado la respuesta. Era imposible que con el carácter pragmático de su amiga, acertara en comprender que lidia significa lucha y que valiente, en el contexto expresado, puede referirse a esforzada o briosa. No se culpó del embuste. Admitió para sí misma que en toda circunstancia no es prudente revelar lo que se piensa. Tal vez eso podría desencadenar situaciones imprevistas. Además, volvió a discurrir en que uno de los derechos inobjetables de todo ser social es la privacidad y observó para sí que es interesante compartir opiniones, declarar aspiraciones y escuchar un consejo de voces íntimas; pero siempre debe quedar una reserva para una decisión, porque estas han de ser personales cuando se trata del bienestar espiritual. ¿Quién sabe lo que podría suceder con Hicham Aidar? Sin acogerse a una persuasión acendrada, se quedó nuevamente ensimismada hasta que inició el turno de clase.

Esa noche repasó todos los acontecimientos de la sesión matutina. No olvidó detalles. El descendiente de moro se mostró respetuoso. No olvidó su piel ni su boca. ¿Iría a verla al día siguiente? ¿Qué le diría? Reflexionó que este sí tendría aproximadamente su edad. Él sí era palpable, su gallardía se mostraba inequívoca. Se interesó por el significado del nombre y lo halló a tono con el gesto que hizo. No se trataba de una virtualidad. Fue advirtiéndolo a Hicham Aidar, hasta quedar extasiada en un apacible sopor. En toda la noche no despertó.

Tres días después al emprender sensata plática con Lourdes, como respuesta a una inquisición que demandaba desembarazo en relación con el joven que había ido a conversar con ella a la hora del receso, le aseguró que era un interesado en ella, que tal vez podría importarle. Lo estaba conociendo, que hasta ese momento solo coexistían como conocidos que se toleraban.

-¿Cuál es su nombre?

-Su apellido es Aidar, y no me preguntes más. ¿Acaso yo quiero saber todo del novio que despediste hace seis meses?

Esta vez casi lo dijo todo, pero tuvo reservas. Tampoco mintió. Todos los días veía a Hicham y este le insistía en que se había enamorado de ella desde el instante en que la conoció, que ya soñaba dormido y despierto con su imagen, la notaba distinta a las demás mujeres, que la consideraba más bella

que a otras novias que había tenido. Ella lo escuchó dos veces con exquisita atención. En la tercera oportunidad que la abordó, estuvieron sentados a la sombra de un árbol, sobre el banco de un parque de la ciudad. En un reloj de pared en una cercana edificación se observaba que eran las 3. 37 PM. Cuando escuchó que estos redundaron en las ideas que anteriormente notificadas, ella dedujo que eran términos seguramente aprendidos. Al responder una interrogante que Hicham le hiciera, lo puso en aviso con pocas palabras, indicándole que se autoproclamaba muy analítica. Él quiso sorprender con un ultimátum:

-Somos mayores de edad, y no esperaré demasiado tiempo.

-Decisiones como estas necesitan lapsos de reflexión. Tu imagen goza de mi simpatía; pero tu pensamiento se encuentra en un sumario de exploración. O esperas o te alejas.

Hubo un dilatado silencio. Ella lo deshizo al pedirle que le platicara acerca de sus proyecciones de vida.

Ya acogido a la primera elección, después de la observación que Vilma hiciera, satisfizo la curiosidad, y puso el caudal de toda su retórica en función de persuadirla:

-Yo quiero terminar la carrera, y después pretendo ir a Marruecos de donde proceden mis abuelos, desde luego, quisiera que fueras conmigo.

Hizo una pausa. Tanteó en un bolsillo del pantalón y extrajo dos chicles. Le ofreció uno a ella. Se limpió la garganta, miró hacia lo lejos y continuó, mientras ella escuchaba con la máxima atención. Tuvo que elevar la voz porque un vehículo que estaba estacionado frente a ellos exhibía el volumen de su bocina con nuevo reguetón, que a oídos sensibles sumergen en la marisma del escozor.

-Allá pretendo trabajar en lo que sea, hacer bastante dinero y cuando tenga todo lo suficiente en bienes y respaldo en moneda convertible, venir de nuevo para ponerme a trabajar en lo que me gusta. Mis parientes que viven allá piensan ayudarme. Mis padres están conscientes de mis pretensiones. Además ya tengo doble nacionalidad. ¿Te gustaría ir conmigo?

-Tienes un proyecto. Es bueno soñar.

-Sí, pero no respondiste mi pregunta.

Vilma miró el reloj del edificio y lo comparó con el suyo. Era tiempo de retirarse. Cuando se puso de pie le sugirió: “No olvides que soy contemplativa. Tengo el propósito de deliberar en todo lo que te escuché. Te invito a que nos veamos en la biblioteca mañana a las dos de la tarde”. Se marchó sumergida en un piélago de introversiones, y sin que él la advirtiera lo reparaba, y la

imagen que Hicham proyectaba era como un regalo para su retina.

Entre los portales de las altas casas centenarias de más de dos plantas, escuchó el timbre de su teléfono móvil. Tal vez la cobertura no era la adecuada en tal sitio. Tuvo que aumentar el registro de voz para que el interlocutor la escuchara. El bullicio habitual de los autos que pasan, los vendedores que proponen sus mercancías, y la proyección de la voz alejada del móvil, también son portadores de las interferencias en la teleescucha.

-Sí, te entiendo, no tengas pena. Estaré aquí donde te dije ayer- y colgó.

Se dirigió a la segunda planta de la edificación. Quería observar algunos diarios en la hemeroteca y así daría respuesta a ciertas preguntas sobre acontecimientos de la historia nacional basados en hechos patrióticos en la segunda mitad del siglo XIX. Se sintió satisfecha con la llamada; le atrajo, de cierta manera, la voz de alguien que la admiraba desde un punto de vista corporal. Después de realizar el pedido de los órganos de prensa, se distrajo hilvanando pensamientos, mientras la empleada buscaba en los archivos los materiales solicitados. “No le dije con total exactitud dónde podría localizarme, –monologó- tal vez no tarde demasiado en su gestión. No hay dudas. No me mintió. Al menos es sincero. ¿Qué haré?”

La hemerotecaria le entregó los diarios cubiertos por las carcomas del decurso. Se sentó a una mesa. Al subir la mirada contempló a Lourdes que ascendía los escalones hacia la tercera planta. Era extraño que no le hubiera revelado que ella también vendría a la biblioteca a la misma hora. El trabajo que habría de concebir seguramente era de Filosofía, asignatura donde su amiga jamás había admitido con suficiente energía. No quiso llamarla; más tarde subiría a verla, y como en otras ocasiones, socorrerla en la asimilación de los conocimientos y para ello acudiría a recursos que en nada tuvieran que alinearse a las abstracciones.

-Con permiso, ¿me autoriza a compartir la mesa por un momento?

“No, no puede ser, - se dijo a sí misma- el timbre de la voz, ese timbre de voz es inequívoco. ¿Estaré soñando nuevamente?”

-¿Me cede un espacio? Si molesto, me disculpa- insistió el recién llegado.

-No, no es molestia, - dijo visiblemente perturbada- siéntese por favor. Percibió que su voz le brotaba en una deformada confusión.

-De acuerdo con lo que distingo, está realmente ocupada en documentarse con una temática lejana en el tiempo, y tal tarea necesita concentración. También reverencio la historia, y si es la de mi tierra, más me apasiona. Prometo que no la molestaré.

-¿Es usted especialista en la materia?

-Soy licenciado en Historia del Arte, y buen aficionado a la lectura de varios géneros de la literatura artística, sobre todo de poesía lírica; y de la narrativa, pondero el testimonio.

Vilma acopió todo su aplomo, y obviando su visible nerviosismo, escrutó el rostro que tenía ante su mirada. Efectivamente, los años aunque habían continuado su curso, no habían desdibujado las facciones del dueño de aquella voz. Él la observó pródicamente con toda curiosidad, y se le distinguió la palidez en el rostro. Visiblemente emocionado dejó escapar entre dientes: “¿¡Será cierto lo que estoy viendo!?” ¿Puede ser realidad que hoy palpe un milagro?

-¿Qué le ha sucedido, licenciado? - inquirió ella, con la voz temblorosa y abundancia de heladas sudoraciones que afluían hasta sus manos.

El medioambiente también influía en el desarrollo de las circunstancias, pues cuando la temperatura es de veintitrés grados en un país tropical, hasta el aire que se inhala resulta atrayente. El sol desnublado armonizaba con el paisaje urbano aun bajo techo, y los colores de la amplísima habitación resaltaban bajo los efectos de luz natural. El hombre reparó meticulosamente todo el entorno.

-Pienso que el azar quizás haya hecho realidad una fantasía que llevaba dentro de mí durante tantísimos años. Poseo evidencias tangibles a pesar de tanta subjetividad; discúlpame por tutearte, pero tendrías que escucharme con toda la atención del mundo y con el más genuino respeto, por favor. Lo primero que te pediría es que observes minuciosamente este local en que estamos, y todos sus alrededores. Pero si no es de tu interés, me disculpas, y entonces a solas trituraré mis dudas. Deseo que mis fantasías no perjudiquen a otros, y no quiero que te preocupes por haber llegado con el ánimo de ocasionar molestias. ¿Deseas escuchar efectivamente?

Vilma paseó su mirada por el área y quedó totalmente perturbada. Un rayo de luz alumbró su cerebro y logró poner en orden toda la secuencia de imágenes contenidas en sus sueños para alejar las dudas. En ese instante le pareció que volvía a entrar en el oneirismo que la seguía. Se pellizcó y ratificó la posición de que estaba totalmente en estado de vigilia.

-Hace alrededor de 20 años- refirió el hombre, pasándose la mano izquierda por su negra cabellera-, sí, quizás más de ese tiempo, soñé que yo llegaba a un vastísimo lugar bajo techo, había muchas mesas y sillas, y allí encontraba a una hermosa joven así con una blusa blanca con escote y roja saya Pitusa. Aquella joven, a pesar de ser una imagen de la fantasía, era sumamente femenina y denotaba inteligencia que se transfería, a través de sus gestos, su compostura y en su manera de atisbar con respeto a los semejantes. No puedo evocar lo que me dijera, sin embargo sí recuerdo el timbre de su voz

y delicados gestos –dudó en continuar y poniéndose de pie expresó nuevamente con voz entrecortada:

“No es de tu responsabilidad lo que me hubiera sucedido”. Se quedó meditabundo, dudó en continuar. Su frente sudaba y su pulso se volvía más estremecido a cada instante.

Vilma, visiblemente en desconcierto, era una mutación constante de los matices de su rostro, pero al notar la inequívoca reacción del interlocutor, indujo, con un elocuente ademán, a que se sentara.

Él obedeció, con cierto escepticismo entre el callar o continuar. Se viró hacia todas partes para corroborar que alguien no escuchara tan íntima confesión. Meditó hasta acomodar el caudal de ideas nunca antes relatadas a nadie.

-Sí, no niego que fue una ensoñación. Yo quedé atónito y atraído por la proporcionalidad en la fisonomía de aquella muchacha. Pero, a menudo se pueden observar en la naturaleza humana, rostros agraciados que se distancian del esplendor espiritual. Pero no, aquella joven era poseedora de un cuerpo, que aunque no escultórico, sí estaba en armonía con mi ideal de belleza femenina: un negrísimo y lacio cabello que contrasta con la tersa piel, labios finos y pálidos que retoca con lápiz de color más vivo cada cierto tiempo para atenuar la lividez natural; contorneadas piernas, manos alargadas y estrechas, y sobre todo, una sonrisa de parejos incisivos que denota agudeza y discreción.

-Aunque no recuerdo sus palabras, -continuó- sé que eran simpáticas y sinceras, pero en aquel momento el sueño fue interrumpido por el llanto de un bebé. Desperté sobresaltado, miré mi reloj que se hallaba encima de la cómoda y corroboré que había llegado un nuevo día. Al observar la fecha me pregunté: “¿Tendrá que ver mi sueño con un regalo de los Reyes Magos?” En ese momento cantó un gallo, y en una lejana emisora de radio, no sé cuál, se dejaba escuchar una melodía que ya no se escucha, o no la sitúan en los repertorios musicales de hoy, porque ciertamente hay una tendencia a olvidar los verdaderos éxitos de antaño, para solo situar lo que está de moda. Pero aquella canción tenía una letra a tono con mis percepciones visuales y emocionales, y las voces emanaban con un acople sensacional. Tanto es así que días después fui a ver a un amigo que trabaja como fonotecario en una emisora radial y me la grabó. Te la pondré a la escucha posteriormente, pues la tengo como una reliquia sonora porque tal vez estaba haciendo alusión a lo que un día, muchos años después, me podría suceder.

Vilma, con la mirada en su interlocutor, preguntó entre asustada y conmovida:

-¿Juras que todo cuanto dices es cierto?

-Sí, evidentemente, y te ruego que escuches. Jamás pude olvidar el sueño.

Vilma estimuló nuevamente su imaginación y dio fe de ello al mirar con suma ternura al relator que tenía frente a sí. También aspiró a obtener más información a través de sutiles tanteos y reiteró una pregunta para medir con precisión la certidumbre de datos anteriores.

-¿En qué año aproximado fue ese sueño?

-Supongo que sucedió hace alrededor de 20 años. No tuve la curiosidad de enumerarlos, y hubiese sido útil.

-¿Recuerdas la fecha por casualidad?

-Recuerdo la fecha, y no es casual que se torne persistente.

El licenciado extendió su mirada hasta atrapar la ternura de sus ojos para guardarlos como un efecto mágico. Y entonces agregó: “Era un regalo de Reyes Magos del año que se había inaugurado seis días antes”.

A Vilma le afloró una sospecha que le congelaba la sangre; pero en ese momento su teléfono móvil le transmitió un aviso de llamada. Ella, al verse interrumpida en un momento no esperado, pidió permiso, no sin antes solicitarle vehementemente al licenciado que no se marchara. Mientras tanto, él se quedó como embebido ante las puertas de un enigma.

Al iniciar el diálogo, a través del celular, ella apreció el júbilo con que le hablaba la voz juvenil desde el otro lado. Había conseguido lo esencial que le comunicara el día anterior. Ella, con relación a su ciudadanía en el país del Norte de África con costas en el Mediterráneo y en el océano Atlántico, había dudado en cuanto a la veracidad. Lo imaginaba muy lejano, o una simple ilusión de alguien que se apasiona en conocer lugares ajenos, o tal vez en aventuras de juglares, y no le concedió el más completo destino. Ahora él estaba ansioso por mostrarle cada elemento de los trámites, con autenticidad burocrática. Además, sin darle tiempo para que ella comentara o por lo menos escucharla, le instó a que dentro de una hora y media a más tardar, la buscaría en el lugar acordado, que no se preocupara y finalizó sin despedida.

Vilma meditó. ¿Qué haría? Decidió sin pensar sobremanera que iba a regresar a su puesto y continuar la plática obstaculizada, pero en ese preciso instante Lourdes descendía desde la planta superior y la localizó. Antes de que se acercara, ella se le adelantó y se dirigió a su encuentro. “No sospechaba que estuvieras aquí. ¿A qué hora entraste?” “No me acuerdo ahora, Vilma, estoy muy apurada. No me puedo parar para conversar contigo. Dentro de una hora, sube a la planta superior y allí me hablas. Ahora tengo que bajar corriendo, y de aquí a veinte minutos volver; después te cuento, no me entretengas, que me voy”.

Al fin se había liberado, por el momento, de los obstáculos más sugestivos. Ulteriormente ya sabría cómo derivar de acuerdo con los eventos resultantes. Tornó hasta donde la estaban esperando. Al llegar a la mesa, no se encontraba nadie. Se puso extremadamente preocupada. ¿Por qué se iría el licenciado? ¿No era acaso el mismo –se dijo- por el cual estuve pesquizando desde tanto tiempo atrás? Miró hacia todas partes y no lo vio. ¿Será que se disgustó por la llamada y la demora?

Se quedó sin saber el motivo de la desaparición. ¿Esperaría pasivamente? De pronto, al devolver la mirada al viejo ejemplar de la prensa plana, sintió los pasos que se encaminaban, desde la angostura de un retrete, detrás de unas cortinas de camuflaje. Él sonrió y nervioso ocupó la silla.

-Discúlpame por la tardanza.

¿Puede continuar su relato, licenciado?

-Muchas gracias por el interés, no solo por mi caso sui génesis, sino porque no la importuné. El licenciado hizo una pausa y recorrió la habitación con la mirada.

-Muchos años después volví a soñar con una escena parecida – prosiguió él-me encontraba a la joven nuevamente en el mismo sitio y conversaba con ella; ahora venía con un pantalón Pitusa negro y un pulóver con rayas blancas y negras; le manifestaba mis sentimientos de admiración, de respeto y estos probablemente serían correspondidos, pero...

- ¿Me permite continuar en su lugar?

-¿Cómo puedes adivinar el sueño, si ocurrió dentro de mí?

-Sí, pero en ese momento –acotó Vilma emocionadamente- alguien inoportuno se interpuso entre los dos y quedó trunca la visión y el encuentro. Además tengo una ropa así, te la pudiera mostrar.

El joven se estremeció. Adquirió la tonalidad de la cera en toda la superficie de su rostro. De repente deliberó en que los detalles de la vida se promueven en la armonía del gusto por ella, y quien puede catarlos con aquiescencia, consiente el entorno de la dicha. Entonces se decidió a contar todo sin que mediaran reservas.

-¿Puede ser posible una situación de esta índole? ¿¡Cómo puedes saberlo!?

- preguntó el licenciado con su más acentuada curiosidad. Después agregó:

- Necesito todo tu apoyo intelectual porque pretendo que estés al corriente de los hallazgos parasicológicos que tuve. Luego de una leve pausa agregó. “Tuve más sueños y conservo las evidencias. Ahora voy a invitarte a que repares esta habitación. Observa con mucha atención la ventana en la altura”.

Vilma llevó sus ojos hasta el lugar indicado. “¿Qué has distinguido?”, preguntó él. Ella se quedó suspensa. Tenuemente divisó una armadura metálica con contrastes de colores rojo y blanco, y sobre un férreo listón descansaba una nívea paloma.

-También yo estaba aquí- arguyó ella.

-Al despertar de aquel idilio escuché una balada, y la recuerdo con exactitud, no solo por su armonía y acople de voces, sino por el lirismo de su letra, que aunque no posea la mayor amplitud bucólica, transmite un estado anímico que nace de la más insondable inspiración. Y en verdad eran como ondas celestiales aquellas voces y hoy las tengo grabadas.

-Sí. Eran voces de ángeles- aseguró ella, que acopiaba la más estricta inocencia en el estilo de expresión.

El licenciado sonrió con emoción y sondeó.

-¿Escuchas todo tipo de música?

-Soy selectiva en la música y en todo lo que escojo para mi distracción íntima. No obstante, prefiero las melodías instrumentales y los artistas de más relieve en la contemporaneidad; pero te aseguro, que jamás seré rival para ti que eres especialista en Historia del Arte. Te aseguro que nunca había escuchado a esos intérpretes.

-¿Entonces, también escuchaste una melodía similar?

- Y la recuerdo. La tengo grabada en la memoria. /Quisiera que supieras, vida mía/.

- /Lo mucho que quiero y que te adoro/. Por favor, déjame ofrecerte un dictamen de confidencia. Como te dije, verás que tus sueños tenían que ver con ángeles terrenales. Permíteme que te muestre dos elementos que escribí después de mi último sueño.

El licenciado se dirigió hasta su portafolio. Pidió permiso a la empleada y extrajo algunos documentos. Posteriormente los desplegó ante Vilma: “Αυτή. ἔχω δῶρον τό, Χαίρω”. Ella quedó en desconcierto. No comprendió aquel letrero. Creyó tener frente a sí alguna arcana criptografía. Entonces preguntó.

El licenciado esclareció.

-Este microtexto, fue escrito de tal manera que, para que si alguien lo descubriese, no lo entendiera. Aquí están mis impresiones al tener los sueños. Ahora te explico, porque no sé si conoces que esa arcaica lengua es la griega, y no es como el español, portugués, o francés que hablamos hoy. El griego es un idioma que desde el punto de vista tipológico, se caracteriza por ser flexivo y fusionante, pues posee tanto inflexión nominal, que se conoce como

declinación, como flexión verbal que es lo mismo que conjugación. En su gramática no todas las palabras son expresivas de conceptos y también hay variaciones en la forma interna de la oración en la que se nutre de la morfología y la sintaxis. Yo para entender mejor el arte de la Grecia antigua, pasé un curso de esa lengua clásica. Pero no te quiero atormentar con conceptos morfosintácticos de una lengua que ya en la praxis comunicativa no existe. Ahora te traduzco las ideas originales de esas palabras: “Ella misma. Yo tengo un regalo. Yo me regocijo”. Por esa razón también fue breve mi apunte. Horas más tarde escribí un poema. Pensaba en ella, y ella sin dudas, eres tú.

Vilma no sabía qué actitud tomar. Su aspecto estaba exangüe. Las manos eran ríos de sudor. Ahora quien siempre hallaba respuesta para todo, se quedó sin habla, mirando solo hacia su dialogante. Entonces el licenciado, al palpar el nerviosismo en sus labios y en todo su semblante, colocó el poema ante sus oscuros ojos de atisbo perspicaz.

Cautivo de un idilio

Eterna vas girando en mi retina

y tu voz sin palabras se me anuda

en el oído, pero nunca duda

de ese timbre sensual que en ti adivina.

Te beso en el onírico silencio

y tu boca en silencio me responde

otro beso callado que se esconde

donde solo en tinieblas lo presencio.

Tu noche desde un sueño me vigila

y voy feliz en torno a su epicentro

porque yo sé que estoy cautivo dentro

del idilio que yace en tu pupila.

Este amor esculpido en su entereza

anula hasta la sombra de un reproche

y se hace tan gigante cada noche

cual dos almas talladas de una pieza.

Te he visto triste entre mis horas tristes

como alegre te he visto en el más terso

momento de mi vida. ¿En qué universo
fantástico será donde tú existes?

Vilma concluyó la lectura con la ecuanimidad derrumbada, y ya no tuvo otra alternativa que acudir obnubilada, hasta el guardabolsos y extraer de su monedero una cuartilla doblada que puso ante la mirada ansiosa de quien la aguardaba.

-Léelo, ahí tienes el resultado del postsueño por la parte que me concierne.

El licenciado desdobló el papel, y escrito con una caligrafía y ortografía impecables, se encontró estos versos:

Bienvenido a mi ficción
Como me has visto, te he visto.
¿Será ficticio el paraje
urbano donde el mensaje
te llegó de que yo existo?
Todo el camino está listo
sin obstáculos por dentro;
tú y yo estamos en el centro
trenzando como un concilio
de pasiones, y un idilio
estrenará nuestro encuentro.
Entre este mismo universo
en locación que no es triste,
tu exacta figura existe
y advierto tu rostro terso.
No habrá algún pasaje adverso
que me induzca hacia el olvido;
seré yo quien haga un nido
de amor porque este me obliga
a que algún día te diga:
“Bienvenido, Bienvenido”.

El mundo en ese instante solo giraba para los dos. La correlación

cosmovisiva, las inusitadas emociones y la atracción física se vuelven aliadas a pesar de que el tiempo de nacimiento imponga sus diferencias. El hombre sabiéndose ya identificado, y como irrefutable prueba de su tercer encuentro, preguntó como para concluir la deducción de su conjetura no enunciada:

-¿Cómo supiste mi nombre?

Su respuesta no necesitó tiempo extra.

- Intelligenti pauca.

Bienvenido sonrió. Posteriormente le manifestó:

-Vilma, no puedes ser otra.

-¿Cómo adivinaste mi nombre?

- Él escribió sobre el poema que ella le mostrara: ἀγαπάω y articuló: agapáo.

- ¿Qué significa?

- Intelligenti pauca.

- No me intrigues, no seas vengativo.

- Significa: “yo amo”. Pero si en realidad conoces la frase latina que me has dicho, sabrás cómo identifiqué tu nombre, pues ya te comuniqué la fecha en tuve el primer sueño. Es importante que sepas sobre la onomástica, y te informes acerca de los santorales, así podrás comprender los hechos pretéritos cuando no precisan las fechas exactas y aluden a determinados santos. Estudias una carrera que necesita un sólido caudal de conocimientos.

En ese momento sonó el teléfono de Vilma. Pidió permiso y se alejó algunos metros del lugar. Bienvenido quedó solo. Miró de reojo para ella y la notó preocupada. Hablaba con tono muy bajo. Finalmente se sentó con cierta perturbación. Él se mantuvo con ecuanimidad, no demostró interés por su estado emocional y con fingido aplomo, pero segura en sí habló.

-Te sugiero que continúes contándome.

- Mi último sueño ocurrió hace solo unos días. Estaba extenuado de tantas consultas bibliográficas para mi tesis de maestría. Me quedé dormido aquí en la biblioteca, y vi aparecer la diana de mis emociones. Fueron leves instantes, sin embargo al despertar, contemplé las enormes salas de lectura como locación tangible y coherente con mi fantasía. Entonces, al mirar hacia el suelo hallé una foto debajo de mi silla, y ya en ese momento no me quedaron dudas de que Santa Vilma me había hecho su regalo, su día de Reyes Magos hace alrededor de veinte años atrás, pues en aquel instante yo había despertado con un llanto recién nacido como una promesa de futuro.

Extrajo de su billetera una postal y se la mostró. Vilma comprobó que Lourdes había extraviado la última fotografía en que ambas aparecían juntas al entrar en la biblioteca. Isabelita, otra compañera de aula, solo algunos días atrás con el celular, las había sorprendido saboreando unos helados.

Entonces con un adorno de sonrisa en su mejilla, Vilma recorrió con su mirada toda la imagen del licenciado. Lo tenía frente a sí, ya era la materialización de su anterior arrobamiento. Le atraía su manera de mirar, su rostro varonil, la ecuanimidad de su voz. También vio con gracia, en aquella oscurísima cabellera, la marca del tiempo que se había cifrado en dos aisladas hebras de nácar. Pero en los sueños nunca hubo reparado un lunar muy natural debajo de sien derecha, que daba la impresión como una abeja calcada, y aquello la indujo a pensar que era un símbolo de su personalidad. Entonces, recobrando su compromiso consigo misma, puso a un lado las emociones y preguntó:

- No me consideres indiscreta, mas pudieras comunicarme con toda sinceridad, ¿cuál es tu proyecto de vida futura?

Se quedó meditabundo. Observó todo el entorno. Después la miró a los ojos e hizo un razonamiento acompañado de sonrisa.

- Una parte de ese proyecto se está cumpliendo en este instante; pero es presente, y me preguntaste sobre mi vida futura. Ahora te contaré.

Se puso de pie. No era de considerable altura, aunque tampoco demasiado pequeño. Sus manos eran finas y alargadas y se llevó la izquierda al bolsillo trasero de ese lado. Extrajo la billetera y dentro, pegada a un nailon transparente se exhibía una foto de mujer. Se la mostró a Vilma y ella quedó atónita. La muchacha poseía una cabellera y facciones asombrosamente parecidas a las suyas.

-La quise. Estuve enamorado durante los tres años de matrimonio. Sin embargo tiene amigas; pretendía seguir las en sus formas de vestir, en alcanzar todo lo que se vende sin saber el precio ni la utilidad de la posesión de los artículos, y solo argüía sin saber tal vez el significado del término: “Esto es fashion”. Realmente me molestaba que no madurara y que imitase a otros; entonces un día al atardecer le dije: “You are Fashion Victim. An intelligent girl never is inconstant”. No me entendió, pero sí se ofendió. Entonces me confesó una idea me tenía muy oculta: “Me iré del país a otro que tenga más desarrollo. Sabes que me gustan las ropas de marcas sofisticadas, los perfumes caros y cremas de alta calidad. Ya estoy haciendo gestiones con dos amigas. Allá en el exterior se puede conseguir de todo eso”. Mi respuesta fue breve. “Capacítate, primero. Trabajas por cuenta propia tres días y después te sientes aburrida el resto de la semana sin hacer nada. Has iniciado a estudiar tres carreras que en nada se parecen, y ninguna has terminado. Ahora te dije que

eres una víctima de la moda y que una muchacha inteligente nunca es inconstante, y ni siquiera has entendido esa lengua que adoras hablar. Puedes marcharte, pues en estos momentos quien se va soy yo”.

-¿Y se fue para otro país?

-Sí. Me despedí esa misma noche. Un tiempo después se marchó. No la volví a ver. Han transcurrido dos años. Me envió correos electrónicos, y me invitaba a que nos uniéramos nuevamente, pues allá en Chicago había preciosas galerías donde podría trabajar, pues ella consiguió empleo como doméstica en un hotel de poca categoría, y queda cercano a un lujoso museo de artes. Pero me estás viendo frente a ti.

-¿Y cuál es tu propósito?

-Terminar esta Maestría en Arte Colonial Caribeño, e inmediatamente matricular un doctorado. Me siento atraído por la investigación científica en cuanto a las artes, y también en la historia. Pretendo crear un proyecto artístico-cultural con otras personas que estén dispuestos a expandir los patrimonios de nuestra cultura, que es la más genuina identidad, para que cada día haya más ciudadanos que no declinen ante su estirpe y se sientan comprometidos con su espacio natural y social. Hay buscar vías para que sean menos las personas que desertan hacia otros suelos por migajas de riqueza a servir como dóciles vasallos sin dignidad. También es mi propósito encontrar a otra compañera que sea cómplice de mis sueños, (al margen de la parasicología); pues esta pseudociencia ya aportó su cometido. Quiero existir con plenitud y al lado de alguien cuya laboriosidad esté en consonancia con el bienestar de todos los que aman y erigen la placidez espiritual. No hay mayor lujo que la magnanimidad moral. La ropa es parte de la elegancia corporal, la admito y siento gusto por la belleza que penetra a través de la mirada, sin embargo un ser humano no se puede convertir en paria de la ostentación para las falaces apariencias. El arte me ha llevado a conocer la poesía de la ciencia, la excelsitud de lo ideal, y la abstracción de lo infinito. También el arte te llevó a escuchar la música de Ángeles que estaban en tu fantasía, según me has testimoniado, pero esos Ángeles a través del arte me dijeron poéticamente, por medio de una canción: “Antes de conocerte te presentí/ era una sensación muy extraña en mí/. Ya ves, ese presentimiento se cumplió, sí porque esos Ángeles eran un grupo musical del pop-rock español de la década del 1960 que hicieron soñar y enamorar, a miles de parejas por medio de sus ondas sonoras y aún se dejan escuchar por quienes registren ese sentimiento misterioso que viaja en las frecuencias del éter; pues sí, las obras artísticas universales van cargadas de detalles que se tornan imperecederos y se convierten en patrimonios de la humanidad. Por ejemplo, la palabra música, lleva esa designación por recibir influencia de $\mu\omicron\upsilon\sigma\alpha\iota$ (mousai) en griego, y quería decir “diosas inspiradoras de las artes”. ¿Comprendes mi admiración por la canción

y por quienes la interpretaban? También por el arte Cervantes nos unió al Quijote donde se conjugan locura lúcida y lucidez excéntrica. Los auténticos creadores del arte legan su obra como pertenencia cosmopolita. Por ejemplo Johann Strauss creó el vals que tituló El Danubio Azul, y aunque muchos ignoran quién fue su compositor o su intérprete original, su obra está en cualquier lugar del orbe, viva, y pletórica de esplendor. ¿Quién podrá negar que los Ángeles no hayan sido paradigmas melódicos con sus instrumentos y voces? Se escuchan, igual que otros de su época, en todos los continentes. ¿Quién le quita magnificencia a la obra arquitectónica de Santiago Calatraba, en “Panorámica nocturna de la Ciudad de las Artes y las Ciencias en Valencia” y otras tantas obras de connotación universal? ¿Quién reniega del “Museo de Arte Contemporáneo de Niterói”, pensado por Oscar Niemeyer?

- Comprendí cabalmente tu propósito y es un proyecto auténtico – interrumpió Vilma-. Tampoco erré cuando dije, tal vez con otras palabras, que la música que escuché puede tener una conexión angelical.

En ese momento Vilma escuchó un mensaje en su teléfono celular. Pidió permiso y se apartó para leerlo. En ese instante vio a Lourdes que regresaba con la expresión risueña, y cuando iba a subir las escaleras, se detuvo y la amiga con jubilosa picardía le comunicó:

- Ahí tienes, zorra, a alguien que anda loco por ti. Lo vi abajo, se ve muy elegante. Creo que te busca. ¿Será hoy el día que me sorprendas con el enamorado? Estaré en el piso de arriba sentada a la tercera mesa de lectura.

Vilma volvió hasta donde Bienvenido la aguardaba. Le preguntó que si tenía paciencia para esperar unos instantes. Él respondió que esperaría tolerantemente cuanto fuera preciso. Ella sonrió. Después se dirigió hasta la escalera y dejó correr la mirada en búsqueda de un objetivo. No demoró en descubrirlo. Él no la veía. Efectivamente se notaba maravilloso. Aquella presencia suya, su estatura, el cabello que parecía como un encargo para artífice, y todo su físico estaba en armonía con su agrado. Además su edad estaba en correspondencia con la suya, y pensó también en su proyecto de vida futura. También lo notaba impaciente, miraba asiduamente su reloj y parecía nervioso. Tal vez la esperaba por la otra escalera que también daba acceso a la planta superior.

Viró la mirada y contempló al licenciado apaciblemente mientras leía el mismo periódico que ella solicitó en la hemeroteca. Lo avistó agraciado, reflexivo con sobriedad en sus principios, tal vez un tanto mayor que ella, pero sereno. Con suma curiosidad, y quizás por instinto femenino, volvió a mirar al que la aguardaba abajo. Estaba desesperado. Parecía haber perdido la compostura. Miraba el reloj y se daba golpecitos con la derecha sobre la cadera. Pero ella tenía que tomar una decisión. Volvió a mirar hacia abajo y

vislumbró el desasosiego. Volteó la cabeza y distinguió en el otro interesado en ella, mesura y concentración mientras leía el arcaico periódico.

Vilma, segura de sí, dio unos pasos hacia un lugar exacto, pues al fin le presentaría a su amiga Lourdes la persona con quien se comprometería.

FIN

Freeeditorial 